

devotas demostraciones del cristiano pueblo: y allá entre las toscas sencillas expresiones con que te saludaron en Belem los pastores permite que se mezclen los rudos ecos de mi grosero elogio. La iglesia santa, la Monarquía Española, la nobilísima ciudad Mexicana postradas al rededor de tus cunas en el ademán mas humilde y reverente esperan con razon, que la pureza de la fé, la santidad de las costumbres, la felicidad de sus armas, y la abundancia de los bienes todos serán venturosos gages de tu nacimiento. Derrama pues desde el pesebre tus bendiciones sobre nosotros; y aquellos festivos anuncios con que los ángeles publicaron gloria al Señor, y paz á los hombres cumpláse felizmente gozando todos aquella paz verdadera y cristiana que es prenda de la eterna Gloria.

## SERMON

## DEL NIÑO JESUS

PERDIDO EN JERUSALEM.

Predicado en el convento de Jesus  
de María de México.

*Non inveniētes Jesum regressi sunt in Jerusalem. Luc. cap. 2. v. 49.*

Si alguna vez pudo parecer que el amabilísimo Jesus, desentendiéndose del tierno amor que profesaba á su santa Madre, se habia mostrado ó nimumamente austero con ella, ó menos sensible á sus alicciones, fue sin duda en la misteriosa pérdida de este Dios niño en Jerusalem. Habia subido desde Nazaret á la ciudad Santa (como lo habeis oido en el evangelio del día) acompañado de sus amantes padres, para cumplir con la religiosa ceremonia de la festividad de la Pascua. Pero á pesar del amoroso cuidado de María y de José cuando al regresarse, concluida la solemnidad, llegaron á alojarse en un

hospicio destinado á los pasajeros, reconocieron que Jesus, de quien acaso creian que vendria en compañía de los parientes y paisanos; reconocieron, digo, que no habia llegado ni parecia entre los demas peregrinos. Volvieron apresurados á Jerusalem, y despues de solícitas diligencias que practicaron inutilmente en su busca no le hallaron hasta el tercero dia en el santo templo disputando gloriosamente entre los doctores. No creo, señores, que la piedad menos instruida deje de confundirse humildemente al considerar las circunstancias misteriosas que intervinieron en esta pérdida así por parte de Maria, como de su hijo Jesucristo. Porque ¿qué causa pudo haber para que una madre tan amante no llevara en su compañía á su divino hijo al caminar de vuelta á Nazaret como le habia traído antes en su venida? Y en caso de deber caminar separados ¿quién se persuadiria á que la señora se hubiera satisfecho con sola la congetura de que le llevaria por otro rumbo el santo José; ni menos que le confiasen á la custodia de otro extraño? Y cuando esto no pudo ser efecto sino de una santa abstraccion de Maria, cuyo noble espíritu quiso el Señor que se arrebatará por entonces á otros objetos para

el cumplimiento de este misterio, nos hace mas difícil su inteligencia la conducta que en su serie observó Jesucristo. Conocer el Señor que Maria, egecutora fidelísima de las voluntades del padre celestial, hubiera sido la primera en conducirle al templo á recibir entre los demas doctores su soberana doctrina; y no obstante esto separarse ocultamente de su lado sin darle parte de su resolucion; no esperar su consentimiento, ni consultar á su voluntad en la tierna edad de doce años el mismo, que hasta la robusta de treinta se gloriaba de sujetarse en todo á su arbitrio; mantenerse por tres dias oculto á sus ojos comprendiendo bien el agudo y cruelísimo dolor que habia de padecer inconsolable su espíritu; ¿no parece, señores, una severidad agena de un hijo el mas obediente, y el mas amante de su madre? Pero ¿qué puede concebir nuestro limitado entendimiento sino ideas groseras y engañosas cuando pretende discurrir sobre los altos misterios de la vida del hombre Dios por solas sus exteriores apariencias? Entremos por un breve rato al fondo de esta arcana pérdida, y alli descubriremos no un Dios severo, sino un hijo amante empeñado en engrandecer á su madre por los mismos medios con que la aflige

quando se ausenta, y un maestro sabio que nos deja en las solicitudes con que Maria le busca una sólida provechosa instrucción. Maria pierde corporalmente á Jesus para atesorar un rico caudal de virtudes, y le busca penetrada de dolor para enseñarnos como nos hemos de portar cuando le perdemos espiritualmente quanto gana Maria perdiendo á Jesus, y como nos instruye buscándole son los importantes puntos que deben ser el objeto de nuestra consideracion en este sagrado y tierno misterio. *donde el Señor cupo con el*  
 Dios escondido en ese angusto sacramento, vuestro amor industrioso para con Maria os hizo separaros de ella por algunos dias para engrandecerla y glorificarla, y este mismo amor ácia nosotros os obliga á ocultar bajo las apariencias de un comun alimento vuestra hermosa y magestad para unirse mas intimamente á nuestras almas. Si yo, Señor, en esta mañana dirijo todo mi discurso á elogio de Maria es porque creo que vuestro designio en este misterio fue principalmente el aumento de las virtudes y de la gloria de vuestra madre: difundid pues, é inspirad desde ese excelso trono sobre mi corazon y mis labios luces y palabras que sean dignas de tan alto objeto, y

oportunas para la comun edificacion; asi os lo pido por medio de Maria saludándola llena de gracia. AVE MARIA.

Nada hay mas semejante á Dios que Maria. (S. S. S.) Es Dios aquella infinita y suma naturaleza en quien reside la idea soberana y exemplar de todo ser, y de quien todas las criaturas no son sino un pequeño destello, y una imperfecta semejanza: es aquel hermoso círculo todo centro, y nada circunferencia adonde concurren cuantas perfecciones hay imaginables: es aquel abismo portentoso en donde se hallan unidas con el lazo mas puro, y la armonia mas concorde las clases todas de ser, y de bondad que en si mismas parecen opuestas é irreconciliables. Unico é infinitamente fecundo y difusivo de su ser; misericordioso sin medida, y sumamente severo y justo: presente á todo tiempo y eterno sobre la duracion de los siglos: llena todo lugar; sin que algun espacio le comprehenda: en él está la fragancia de las flores, y el brillo de los astros: en él la vida de cuanto se anima, la virtud de todo ser inteligible, la hermosura y la bondad de cuanto es hermoso y es bueno: él es todas las cosas; y superior á todas: y siéndolo todo; nada hay fuera de él que sea Dios.

Es María con la debida proporcion el abismo portentoso de la santidad, y la idea á que allá desde la eternidad se acomodaba Dios para formar en tiempo las diferentes gerarquias de los justos. Sin sujetarse á las comunes leyes de la naturaleza, ni ceñirse á la sabia economia que él mismo estableció en el órden superior de la gracia, para sacar en ella el retrato mas fiel del divino egemplar, unió en su persona todas las virtudes, gracias y privilegios que se hallan repartidos entre los demas santos, y forma su caracter aun de aquellas dotes que parecen entre sí mismas las mas opuestas. Virgen intacta, y Madre fecunda: al paso que su dignidad la exalta sobre todo lo criado; su humildad la abate hasta el profundo de la limitacion de su ser: sabia y sencilla: magnánima y moderada: fervorosa y ardiente con toda la sollicitud de una vida activa; tranquila y sosegada en el reposo de la contemplacion. Hija de Adán y Reyna de los ángeles: Madre de su Dios y su Señor; y esclava de su hijo posee en grado heróyco como egempló y modelo de los santos las diferentes virtudes que los caracterizan. Apóstoles, Patriarcas, Profetas, Virgenes, Mártires, á la manera que del vasto oceano los rios y las fuentes, todos reciben de ella el caudal de gracia

con que se enriquecen. Solo aquella noble y mas numerosa porcion de la iglesia santa, aquellos felices desventurados á quienes su misma desgracia sirve de ocasion para ser mas dichosos, los pecadores penitentes parece que no tienen en María la idea á quien conformarse, ni que ella pueda servirles de modelo. Purísima desde su primera respiracion, é inocentísima hasta el último momento de su vida, confirmada singularmente en gracia la poseia Dios como su herencia la mas escogida. Y ¿cómo aquella enemiga irreconciliable aun de la mas leve culpa daría lecciones de arrepentimiento cuando no supo delinquir? ¿Cómo sentiria las amarguras de la penitencia, la que nunca naufragó en el proceloso mar del pecado? ¿O cómo sufriría el agudo dolor de la pérdida del sumo bien, la que jamas esperiméntó este infeliz quebranto? Mas ved aqui, señores, la industria sabia del amor de un Dios empeñado en engrandecer á su Madre; de un Hijo tanto mas tierno cuanto parece mas austero: Jesus oculta á María sus designios; y separandose de la que, por un don extraordinario de su gracia, nunca podia perderlo en esta separacion la hace sentir con mayor nobleza los efectos mas amargos de la penitencia. Este solo rasgo

faltaba á la divina copia para que, entre tantas y tan varias gerarquias como componen el vasto reyno de la iglesia, no hubiera una de la que no fuese perfecto modelo; el dolor por un Hijo que cree haber perdido; las virtudes con que le busca, engrandecen y ensalzan á la Virgen mas inocente á ser el egemplar de los penitentes: ella tuvo todo el mérito de la penitencia del espíritu, sin padecer las desgracias que la ocasionan.

*Primer punto.*

Y á la verdad, ó sea que el gozo que se siente en la posesion de los puros bienes ocupe de tal modo el corazon que no nos deje reflexar sobre los mismos bienes que gozamos; ó que dominados de una falsa seguridad apreciamos tanto menos el bien poseido, quanto nos imaginamos mas seguros de no perderle: es cierto, que no hay estímulo mas agudo para escitar el amor, ni ocasion mas á propósito para engrandecer el concepto de cualquier bien que su pérdida: ¡Desconsolada Madre de Tobias! ella habia fiado tranquilamente para un largo viage su hijo único á la direccion de un joven desconocido, y sufría su ausencia como si no conociese las amables pren-

das que le adornaban; pero apenas con la dilacion de su vuelta comienza á imaginarse perdido, cuando empieza tambien á avivarse su amor, y á hacer las consideraciones mas justas y dolorosas que al principio no habia formado. Hijo mio (decia muchas veces penetrada del mas vivo dolor) ahora conozco mi imprudente resolucion en haber permitido que te ausentaras: yo no debí separarte de mi, esperanza única de tu casa, alegría de tus padres, consuelo de mi ancianidad: desaconsejada Madre que ahora (cuando acaso para siempre te pierdo) llego á conocer lo que antes, cuando gozaba de tu amable presencia, no conocia.

Mas para qué necesitamos de otros exemplares estando persuadidos á que la amorosa providencia de nuestro Dios suele permitir ciertas funestas caidas en aquellas almas que tibias en su amor ó descuidadas perezosamente se levantan mas fervorosas y amantes despues de haberle abandonado. Si, señores, el dolor de esta pérdida imponderable es el fuego que ha hecho romper aquellos volcanes de incendios amorosos en tantos ilustres penitentes, que son la admiracion de los siglos: él ha armado sus brazos santamente irritados para encruelecerse contra sí

mismos: y el florido campo de la iglesia no se hermosea tanto con las claras aguas de las fuentes puras de inocencia; cuanto con los caudalosos rios de sangre con que le riega la penitencia. Yo bien sé que estas comunes máximas no se pueden acomodar á Maria siempre fervorosa en su amor, y á quien la posesion de su Divino Hijo jamas la hizo disminuir un punto su aprecio; pero tambien sé que al considerar la Señora en este dia que la pérdida de Jesus no era efecto ni de su poca edad, ni de algun suceso adverso ó involuntario; al contemplar que el Señor se habia ocultado de su vista por una eleccion misteriosa ¡qué de reflexas desolantes y crueles no cargan de tropel sobre su espíritu para despedazarle! ¿Si se habrá mi amado Jesus vuelto á la diestra de su Padre cansado de las negras ingratitudes del hombre infiel? ¿Si habrá ido á visitar y hacer felices con su presencia otros paises remotos y menos desagradecidos que los de Judea? Pero ¡ay de mí! ¿si mi poca correspondencia á sus beneficios, si alguna aunque involuntaria negligente omision en cuidarle y venerarle será la causa de su retiro? Yo esclava miserable del Altísimo, yo la mas indigna de la alta dignidad de Madre de Dios:

¡quán tibia y quán escasamente he satischo á tan soberanas obligaciones! ¡Dios mío! ¡Hijo mío! Si yo en tu servicio hubiera en cada momento derramado mi sangre y sacrificádote mi alma, aun no era este obsequio digno de tu personal; madre tuya y tu criatura, ni mi obediencia, ni mi amor han correspondido á estos titulos, y quizá por eso te pierdo.

Jamas, señores, llegó Maria en una vida llena de tribulaciones y de penas á experimentar dolor semejante al de esta pérdida: trátela su hijo con el exterior de la mayor aspereza en las bodas públicas de Caná; desdénese en otra ocasion, al parecer, de reconocerla por madre; vea Maria á Jesus humillado entre las bajezas de un pesebre; llórole perseguido del envidioso Herodes; véale espirar entre crueles tormentos y afrentas sobre un vil leño; siempre, con una moderacion que asombra, sufre, enmudece, sin que se escape de sus labios aun la mas leve queja: solo en esta mañana, como si su dolor excediera á su fortaleza, toda absorta en su pena, aun en medio del gozo de haber hallado á su hijo, no puede contenerse de manifestar su sentimiento con aquella amorosa querrela: hijo mío ¿por qué nos has ocasionado este imponderable dolor?

*Filii* ¿quid fecisti nobis sic? Misteriosa queja que nos da á conocer todo el peso é incomparable mérito de la aflicción de María en esta pérdida. Los trabajos y persecuciones, las penas y afrentas de la vida del Salvador, su misma muerte son para María motivo del dolor mas agudo; pero de un dolor con que siente las desgracias de su Hijo, instruida en los misterios que encierran y en los altos fines á que se dirigen; de un dolor en que tiene el consuelo, aunque triste, para ella el mas dulce de que acompaña á su hijo en el padecer sin haber dado ocasion á su desventura: pero en esta mañana María ignora el misterio, no sabe el designio de la ausencia de Jesus, y aunque su purísima conciencia ilustrada superiormente le atestigua que carece de toda culpa; su mismo amor y su humildad le inspiran mil crueles temores de si algun descuido ó negligencia, aunque involuntaria, habria sido causa de esta separacion. En todos los otros misterios María padece y se duele como inocente madre; en este se aflige inconsolable como una esclava penitente.

Y ¿quién podrá explicar los melancólicos temores, las congojas mortales, la deshecha tempestad de afectos mas amar-

gos que la misma muerte, que escitaba en aquella alma inocentísima esta penitencia? ¿Hasta qué abismo de humillacion no la abatia el dolor y la sospecha de haber sido la causa del retiro de su Hijo? Pero al mismo tiempo ¿hasta dónde no la exaltó, y hasta qué grado de virtud no la elebaba este mismo dolor? ¿Queréis señores, registrar á un solo golpe de vista la grandeza incomparable de María? ¿Queréis ver en solo este precioso rasgo de su vida una muger sosteniendo la alta dignidad de Madre de Dios con el brillante adorno de las virtudes mas relevantes? Entraos allá por un breve rato al seno de su insondable espíritu que al considerar esta pérdida de Jesus (de cuya posesion se reputa indigna, y cuya ausencia teme haber merecido) unas veces se eleva estática hasta el alto trono del Divino Ser, fija en la contemplacion de su hermosura, de su bondad, de su sabiduría, del infinito cúmulo de sus perfecciones; y otras se deja caer hasta el profundo de la nada de la criatura, de la vileza de su origen, y de la bajeza de sus inclinaciones, infiriendo de este cotejo cuán indigna era de vivir en la compañía de su hijo Dios. ¿Qué sé tan viva? Pero ¡qué humildad tan sincera! Unas veces

se le presentan las grandezas que el omnipotente ha obrado en ella, su original pureza, su confirmacion en gracia, su plenitud de esta superior á las inteligencias más altas, sus luces, su dignidad incomprehensible. Otras de uno en otro va repasando los dulces misterios obrados hasta aquella edad en su Dios niño: su graciosa magestad, sus nobles movimientos, sus palabras de vida; ya le parece que le vé tiritando envuelto en groseros pañales en la pobre cuna de Belem, que vuelve á ella sus tiernos y dulces ojos, que ya llora al mirarla, y ya se sonríe; que ya le lleva al templo santo y le ofrece ella misma al doloroso cuchillo de la circuncision; que estrechando al tierno niño entre sus brazos va huyendo por las desiertas plagas de Egipto de las furias de un rey impio sediento de la sangre pura del Mesias, que le abraza, que le oye hablar, y ¡oh! y cuántas veces vuelve al rededor de sí, y entre dulces suspiros le llama su Hijo, su Dios, su Jesus, y le habla como si le tuviera presente. ¡Qué afectos de agradecimiento, de amor tierno, de caridad sólida. Y en medio de todo esto ¿qué dolor? ¡Pero qué moderacion! ¿Qué transportes de pena? ¡Pero qué fortaleza! ¿Qué violentas agitaciones?

¿Qué muerte en su espíritu? ¡Pero qué incontrastable serenidad de todos sus movimientos y palabras! ¡Oh espectáculo nunca hasta entonces visto! ¿La virgen más pura, la madre inocentísima de Dios penetrada de los más crueles sentimientos que pudiera causar el arrepentimiento de los mayores crímenes? ¿Penitente, entregada á la desolacion del dolor, aquella en quien no ha tenido lugar el menor pecado? ¡Espectáculo oculto al mundo que no es digno de conocerle; pero asombroso á los ángeles que asisten al rededor de su Reina sin poder consolarla, y espectáculo el más grato á Dios, que se complacia y deleitaba en las ansias y las amorosas sollicitudes con que le buscaba su afligidísima madre. Paréceme, señores, que en esta ocasion hizo Dios con María lo que no pocas veces vemos que una amante Madre, por inocente diversion, y en desahogo de su ternura, hace con su pequeño hijuelo: le aparta de sus brazos y huyendo disimulada de su vista se esconde en algun lugar oculto desde donde pueda ser testigo de las ansias y diligencias con que el niño la busca. Corre inquieto ácia todas partes el tiernecito engañado; ya entra á una pieza de la casa, y ya á otra, registra los rincones, se queja, llora, y entre compasivas lá-



grimas y gemidos la llama con el dulce nombre de Madre. Ella entre tanto regocijada rie y se complace de lo que el hijo padece hasta que no pudiendo sufrir su amante corazón, sale repentinamente, le acaricia, le aprieta entre sus brazos le besa, y enjuga su llanto con su mismo rostro.

Imagen tierna y agradable en que el mismo Dios nos dejó en los cantares, aun mas que pintados los amores del esposo y la esposa, profetizados los transportes amorosos con que María había de buscar á su perdido Hijo. Porque no de otro modo del que se nos describe la esposa en aquel santo libro corre María hasta Jerusalem, y en ella sus calles y plazas preguntando á todos (1): *¿ Num quem diligit anima mea vidistis?*  ¿ Y habeis visto por aquí á mi Hijo amado? Dádmele por vida vuestra porque sus señas no permiten que se equivoque con otro alguno. El es un niño el mas hermoso y agraciado; pero cuya magestad y señorío hacen brillar mas su apacibilidad: en su frente está de asiento la gravedad mas dulce; sus ojos anuncian la serenidad de su corazón, y derraman un río de felicidades en cada mirada; por sus

(1) Cantic. 3. 3.

labios se destilan las gracias; sus palabras, sus acciones, sus movimientos todos son tales que es preciso si le habeis visto que le hayais tenido por mas que humano niño. Si le visteis, si sabeis de él, no me le oculteis, así Dios os bendiga. Con estas amantes y dolorosas inquietudes corre desalada María ya ácia una, ya ácia otra parte de Jerusalem, y en cada momento se aumenta desmedidamente su dolor. Pero al mismo tiempo se aumentan sus virtudes, y crece de manera su amor, que podemos con razon decir que jamas en todos los otros altos misterios de su vida pareció María mas grande, ó mas amable á los ojos de Dios, que en los dias de esta inconsolable pérdida. Por eso el esposo, como sino hallara espresiones bastantes para dar á entender cuanto se había complacido en las amorosas inquietudes con que le buscaba la esposa, se sirve de aquellas hermosas comparaciones, que la iglesia aplica á otros misterios de María; pero que puntualmente se dirigieron al elogio de las virtudes con que se engrandeció en esta ausencia de Jesus: *¿ quién es esta que sale en mi busca mas blanca en la pureza de su amor que la aurora: mas hermosa que la luna llena entre las sombras de la noche del pecado: resplandeciente como el*

sol en todas las virtudes: y formidable para el infierno y sus potestades (1)?

Era menester, señores, una elocuencia sobrehumana, y mas que ella un corazón abrasado en la caridad para explicar ó concebir los excesos del mortal dolor, y el imponderable mérito del amor de Maria en esta pérdida de su Dios: Mi tibieza ignora el lenguaje propio de esta materia; pero lo entendeis bien vosótras almas justas cuando Dios os hace experimentar los mortales afectos de esta feliz pérdida en ciertas sequedades de espíritu, en ciertas desolaciones, y en ciertos tiempos de obscuridad y de tribulacion. Asi es, que agitadas entonces de mil temores y sospechas de culpas que no teneis, buscáis á Dios en la oracion, y se os oculta; le buscáis en el sacramento, y os parece que no le halláis; le buscáis en el egercicio de las otras virtudes, y os persuadís á que está muy lejos de vosótras. Pero consolao: cuanto mas distante le imagináis, está mas cerca; cuanto mas se os retira, mas le poseéis; y ese vuestro padecer y amargura es para el Señor un objeto de complacencia, y para vosótras, como fué para Maria, materia de un mérito muy distinguido.

(1) Cantie. 6. 9.

Segundo punto.

Mas si Dios ha dejado en Maria un perfecto egeremplar para el consuelo de aquellas almas de quienes por un efecto de su amor se retira; no menos puso en ella un modelo para que las infelices y desdichadas que han perdidole por su culpa, aprendan cómo, y á dónde han de buscarle. La primera leccion que les dejó Maria á los pecadores fué la de su dolor. Toda ocupada y penetrada de él esta amante Madre no come, no reposa hasta hallar á Jesus; no habla, no piensa, no se mueve sino para buscarle: *dolentes querebamus*. Perder á Dios. ¿Nos habemos hecho algún concepto de cuanto encierra esta breve cláusula *perder á Dios*? Honor, vida, riqueza, salud, padres, hijos, amigos cuando se pierdan, nada es todo en comparacion de un Dios perdido. Padre, y el mas amante; amigo, y el único que lo es fiel; honor, y el solo que no depende de ageno capricho; vida, y la que no muere; salud, que no se acaba; todo se pierde: perdido Dios. Y á vista de esto ¿cómo es creible, que quien perdiendo á Dios lo ha perdido todo coma esplendidamente, brille lucido, duerma con tranquilidad, se goce, y se divierta? Verdaderamente quien así vi-

ve, ó no ha perdido á Dios, ó no sabe lo que es perderle. Mas ¡hay! cuando parecia que agitado el hombre por los estímulos de la fé y la razon, al experimentar esta pérdida habia de inquietarse como leon herido que confunde las selvas, y estremece con sus bramidos los bosques; que no reposaria, que todo alimento se le haria amargo, y funesta toda diversion; que fuera de si andaria por las calles clamando: ¡pobre de mí que lo he perdido todo, porque he perdido á Dios! Por el contrario pasamos los dias y los años entre diversiones y banquetes, entre pretensiones de enriquecer y de subir, y cuando nos satisfacemos con una ú otra forzada lágrima y con retirarnos algunas horas para hacer penitencia por delitos de muchos meses. ¡Infelices de nosotros! á quienes un Dios sumo, amabilísimo, único bien perdido no nos merece ni aquellos sentimientos de dolor, que se tributan á la pérdida de una riqueza vil, de una salud perecedera, y tal vez de un placer criminal é indigno. Mas que mucho, si desordenadas nuestras ideas, y trastornado el orden de las cosas, afectamos buscar á Dios á donde no se halla; y lo perdemos en el mismo lugar en que habiamos de hallarle. Y veis aqui el otro importante docu-

mento que nos dá María en esta mañana. Ella no se detiene en aquella posada en donde comenzó á conocer la falta de Jesus, no recurre á los lugares circunvecinos; sino que marcha derechamente á Jerusalem, ciudad de paz y de reposo. Es engaño pretender buscar á Dios perdido por la culpa en el tumulto inquieto de Babilonia; hacer el papel de penitentes, y vivir siempre distraidos no ya en las ocupaciones á que nos obligan los destinos y empleos; sino en el bullicio peligroso de los teatros, en la disipación de los bailes y de las concurrencias mundanas: á Dios se busca en las moradas pacíficas de Jerusalem, en el retiro de algunas horas, que siempre permiten aún las mayores ocupaciones para meditar atentamente las eternas verdades; en la devota leccion de estas mismas, y en aquel lugar santo en que por último le halló María; en.....

Iba á decir señores, que en nuestros templos; pero temo que no me creais, y que con el apoyo de una triste cotidiana esperiencia me repliquéis, que ya no es el templo aquella casa de oracion, aquella ciudad de refugio y de asilo en donde se halla á Dios; antes por el contrario un lugar de escándalos y de tropie-

zos en donde se corre acaso mas peligro de perderle, que en medio del gran mundo. Tanta es la indecente profanidad y los impuros atractivos con que se presenta en ellos el otro sexo: ¡Abominable desolacion (para usar de la frase del mismo Jesucristo) que llegará á sentarse sobre el mismo santuario, si el católico brazo de las respetables magestades no se descarga sobre ella para arrojarla de los templos! Tanta es, vuelvo á decir, la indecente profanidad con que se presentan en ellos: tanta la libertad con que se rie y se conversa: tanta la sacrilega osadía con que á los mismos ojos de Dios sacramentado se corteja y se galantea; pero no quiera Dios que este abuso, aunque tan estendido, resirie la piedad de los verdaderos fieles para que á imitacion de María busquen y hallen á Dios en el templo santo. En esta parte podemos todos lisongearnos santamente de que para el logro de vuestras cristianas solicitudes se nos proporciona un hallazgo igual al que llenó de consuelo y regocijo á nuestra augusta reyna: la Señora halla á su divino Hijo como sábio maestro admirando á todos con su doctrina celestial, á nosotros se nos presenta en estas áras sacrosantas bajo cuantos amables títulos pue-

dan remediar nuestras pérdidas y compensarlas con increíbles ventajas. Maestro sábio, médico celestial, abogado para con su padre, sacerdote sumo, víctima por nuestros delitos: dirélo todo en una expresion sola, alimento dulcísimo de nuestras almas para hacerse uno con nosotros: tanto como esto hallaremos en nuestros templos en Jesucristo sacramentado.

Y si estas grandes felicidades promete al comun de los fieles ¿cuántas y cuáles hallaréis, almas religiosas, en el que por un efecto de particular amor ácia vosotras os escogió para esposas suyas? Buscadle enhorabuena, como en otro tiempo la esposa de quien sois un retrato fiel, buscadle con las amargas solicitudes de una vida crucificada al mundo; convidadle para el florido huerto en donde cultivais las fragantes hermosas flores de la pureza, del retiro y de la abnegacion perfecta de vosotras mismas; todo lo vé tras de ese velo teniendo en vuestras oraciones sus delicias. Dichosas mil veces que consagrando vuestro templo y vuestro monasterio bajo la invocacion de los adorables nombres de Jesus y María, en un misterio lleno de ternuras, haceis una particular profe-

sion de buscar incesantemente á Jesús en la militante Jerusalem, para hallarle en la otra triunfante y gozarle entre los hermosos esplendores de su gloria.

## SERMON

## DE LA DOMINICA DE PALMAS,

## PREDICADO

## EN LA CATEDRAL DE MÉGICO.

*Hosanna filio David..... commota est universa civitas dicens: ¿ qui est hic? Matthæi cap. 21. v. 9. et 10.*

¿ Luego habia de ser la triunfante entrada del Hijo de Dios en Jerusalem triste preámbulo de su próxima muerte? ¿ Luego habian de andar en la persona del Salvador tan cerca de las palmas las cruces; del triunfo la ignominia que casi se mezclaron las aclamaciones de Mesias con las maldiciones de criminal: los supremos honores del trono con las últimas deshonras del patibulo: los alegres vivas con los sediciosos gritos de muerte: el Hosanna con el crucifige? ¿ Mas qué mucho que en el corto espacio de cinco dias se represente una metamorfosis tan extraordinaria, si hoy mismo cuando Jesucristo se deja ver en Jerusalem con to-

do el magnifico aparato de un Rey pacifico es recibido con demostraciones tan contrarias? Una humilde porcion del pueblo enarbola palmas y olivas, forma de sus vestidos tapetes á los pies de Jesus llenando el aire de vivas y de bendiciones, le rinde homenaje como á su Rey; pero todo este aunque sencillo magnifico aparato no produce en la pérfida Jerusalem otro efecto que inquietud y alboroto, y que conmovidos sus vecinos de varios afectos, ya de ira, ya de envidia, se pregunten afectando curiosidad unos á otros ¿quién es este? *Commota est universa civitas dicens: ¿quis est hic?*

No nos detengamos, señores, en la aplicacion de este misterio á los soberanos que hoy comenzamos á celebrar. El triunfo que alcanzó Jesucristo sobre la muerte y el pecado á costa de su dolorosa pasion: su triunfante entrada en la espiritual Sion de las almas por medio de una penitencia sincera y perfecta son el objeto de la iglesia, y deben ser el nuestro en la solemnidad de esta santa semana. Pero ¿cómo la celebramos, ó qué parte tomamos en este triunfo? La de las turbas que le aclaman, ó la de Jerusalem ingrata que agitada y conmovida no manifiesta sino una inquieta cu-

riosidad? La respuesta á esta pregunta será la materia de esta breve oracion. No he de ser yo el que responda: dejaré á vosotros que esponiéndoois fielmente lo que pasó hoy en Jerusalem, y lo que pasa en Mégico decidáis ¿si la semana santa es semana de triunfo para Jesucristo: *Hosanna filio David?* ó de inquietud y conmocion escandalosa para las almas: *commota est universa civitas dicens: quis est hic?* Quiera Dios dar eficacia á mis palabras como se lo pido por la intercesion de su madre purísima: pedídselo conmigo saludándola llena de gracia. **AVÉ MARIA.**

### ESCELENTÍSIMO SEÑOR.

Palmas ásperas y escabrosas al tacto que deben sus mas dulces frutos á los jugos de aguas salobres: olivas de oja y corteza amargas al gusto, fecundas en terrenos áridos y montuosos, símbolos ambas de la exterior mortificacion, y de la amarga compuncion del espíritu, eran las insignias mas acomodadas para el triunfo de un Rey que venia á conquistar muriendo, y á declarar una abierta guerra á los placeres de los sentidos y á la vana pompa del siglo. No fué pues sin

misterio el que las turbas en esta mañana ostentasen ramos de palma y oliva, y que desatándose de sus vestiduras cubriesen con ellas el suelo por donde pasaba Jesucristo. Si, señores: la amarga penitencia en el corazón, la humilde modestia en el exterior, los sentidos negados á todo placer, aun el mas inocente, deben ser las insignias con que celebramos á un Dios que triunfa desde el leño en que muere en esta semana conocida con razon de los antiguos (como enseña el padre san Bernardo) por el nombre de la *semana penosa*. Yo bien sé que la palma y la oliva significan principalmente aquella paz interior del espíritu que debemos establecer en nosotros mismos por medio de un triunfo doloroso y amargo de las pasiones mas amables; pero tambien sé que la memoria que solemnizamos de un Dios que espira destrozado, pobre, escarnecido; que la religion que consagra estos dias solo á la penitencia y á la iglesia, publicando en todas sus ceremonias un fúnebre luto, exigen de nosotros las exteriores señales de mortificacion y de santa tristeza. Pues ¿qué? (decía el esforzado y fiel Urias (1)

(1) 2. Regum cap. 11.

quando David con traidor artificio le persuadia que se retirara á descansar) ¿Qué? La arca de Dios vivo estará bajo de armados pabellones espuesta á los insultos del enemigo: Joab mi general apenas tomará un inquieto reposo sobre la dura tierra: ¿y yo he de ser tan vil que coma, y beba con alegría? ¿que duerma en blando lecho, y dé gusto á mis sentidos? *Arca Dei habitat in papillionibus, et Dominus meus Joab super faciem terra manet: et ego ingrediar domum meam, ut comedam, et bibam, et dormiam?* Afectos dignos de estos dias venerables, y que necesariamente escitan la memoria de los misterios penosos de un Dios salvador en almas verdaderamente cristianas. La arca, no ya entre sombras, sino la que verdaderamente encierra á Dios vivo; sostiene el combate mas crudo contra el pecado y las pasiones; y yo al mismo tiempo ¿formaré una infame liga con estos mismos vicios para insultarle? Mi general, mi Rey, mi libertador no tendido sobre el duro suelo; sino clavado en un patibulo, y reducido á la última miseria no alcanza aun una poca de agua para apacar la ardiente sed que le consume; y yo en estos mismos dias ¿comeré con abundancia? ¿beberé con regalo? ¿dormiré blandamente? El autor de

todo, el que viste á los lirios de fragante y hermosa pompa; al medio día, y á vista de un numeroso pueblo se deja ver vergonzosamente desnudo; y yo ¿buscaré en estos dias galas con que lucir, adornos con que distinguirme, y oponiendo desnudez á desnudez con la mia escandalosa arruinaré lo que pretende ganar Dios con la suya divina? Sentimientos, vuelvo á decir, que no solo inspira la religion, sino que dictan la naturaleza y el agradecimiento en un corazon racional.

Y ¿son estos, católicos, los nuestros? ¿Andamos á semejanza de las turbas cortando en estos dias ásperas palmas y amargas olivas de anstera y rígida penitencia? ó por el contrario, convirtiendo en obgetos de una curiosa diversion, los que deben serlo de dolorosas reflexiones, nos coronamos de las rosas envenenadas del placer? ¿Nos desnudamos de los vanos adornos para ponerlos á los pies de Jesucristo, ó procuramos á competencia vestirnos con mas profanidad? Lo que practica la mayor parte de los christianos ¿presenta una idea de la sencilla aclamacion de las turbas: *Hosanna filio David*; ó de la desordenada inquietud de Jerusalem *commota est uniuersa ciuitas*? Verdad ignominiosa digna de sepultarse en el olvido; pero tan

notoria que sin que la publique la lengua, la estan no sé si llorándola mas, que viéndola los ojos. Adornarse con galas que inventan en los unos el lujo y la vanidad; en las otras el nocivo deseo de agradar: sostituir al silicio con que deberiamos estar cubiertos, ó al menos á las toscas bayetas con que manifestamos el dolor de la muerte de nuestros padres, ó allegados, vestidos ó costosos ó artificiosamente dispuestos, y que con una nomenclatura indecente se llaman *gala de semana santa*: hacer al ayuno tercero de la gula, comiendo y bebiendo con mas esplendidez y delicadeza al medio día, por lo que no se come en las restantes horas: tomar ocasion de unas devotas procesiones para convites, visitas, refrescos en que suelen acabar la destemplanza, la murmuracion y el galanteo, lo que empezó la urbanidad: correr de iglesia en iglesia distraido el corazon, libre y desenvuelto el exterior, siendo el menor delito la curiosidad de ver, y ser vistos: si esto sucede en Méjico ¿no es Méjico un retrato de la conmovida Jerusalem? *Commota est uniuersa ciuitas dicens: ¿quis est hic?*

El retrato es muy fiel para no conocer por él el original. Conmocion, inquietud, desorden en todos los lugares, y en todas



las clases de personas: *universa civitas*.  
 Conmocion en el pueblo bajo entregado á  
 la destemplanza, y á mil perniciosas liber-  
 tades: conmocion en personas de calidad  
 agitadas de inquietas pasiones de la vani-  
 dad y amor profano, que buscan su fo-  
 mento donde debian hallar su mas santo  
 freno; desorden en las calles donde todo es  
 confusion, tropelía y algazara: desorden  
 en las casas donde todo es convites y ocio-  
 sidad: desorden, y el mayor, en los tem-  
 plos donde las vistas inmodestas, las con-  
 versaciones, las risas, la disipacion parece  
 que estan desmintiendo aquellas ceremo-  
 nias con que venimos á protestar, que ha  
 muerto y ha muerto por nosotros todo ün  
 Dios. A vista de este no sé si lo llame fu-  
 ror, locura, ó irreligioso escándalo ¿quién  
 no llorará las quiebras que padece nuestra  
 religion, especialmente en un siglo que  
 se ha abrogado el título del siglo del deco-  
 ro, y de la reforma de los abusos? Si se  
 promueven las bellas artes; si se cultiva el  
 language; si las costumbres se civilizan: se  
 observan con una especie de afectacion su-  
 persticiosa la propiedad, y la imitacion del  
 natural en tanto grado, que hasta en el  
 teatro se condenaria como barbarie no  
 guardar el decoro y la verisimilitud. Yo  
 por tanto no dudo que si la santa solemn-

dad de esta semana no fuera otra cosa que  
 una representacion teatral, en que todos  
 nosotros apareciéramos como unos pér-  
 sonages fingidos para hacer el papel de  
 hijos compasivos de un padre desgraciada-  
 mente muerto: no dudo, repito, que obser-  
 variamos en el traje, en las palabras, en  
 las acciones, y en todo el exterior un aire  
 melancólico bastante á escitar la compa-  
 sion.

Y ¡ó Dios Redentor! ¿no obrará en  
 nosotros tu verdadera muerte, por lo me-  
 nos, otro tanto de lo que obraria una repre-  
 sentacion fabulosa? Esclavos de un Señor  
 que muere por redimirnos: criaturas de un  
 Dios que nos reforma con su sangre: hi-  
 jos de un padre que muere solo por nues-  
 tro amor: ¿qué títulos estos para reducir-  
 nos al estremo de la desolacion! Imágenes  
 funestas con que espresaba Jeremias el es-  
 tado de la iglesia doliente por la muerte de  
 Dios: ¿cómo os habeis desaparecido de nues-  
 tros ojos? Nobles y grandes de Sión pos-  
 trados por la tierra observando un profun-  
 do silencio (1): *Sederunt in terra, conticue-  
 runt senes filie Sion*: calles anegadas en  
 llanto; sacerdotes que gimen; virgenes sin  
 aliño; y toda la ciudad oprimida de amar-

(1) Jer. tren. cap. 2. 1. *quo sensu est* (1)

gura: *Vie Sion lugent, Sacerdotes ejus gementes; virgines ejus squalide, et ipsa oppressa amaritudine* (1). ¿Y será posible que al llanto y los suspiros, que al silencio y al desaliento hayan sucedido la pompa, la disipacion, las risas, el desorden, y una inquieta universal conmocion? *Comota est universa civitas.*

He concluido, señores, porque las muchas ocurrencias del dia no me permiten dilatarme; pero acabo animado de un deseo enteramente contrario al que traen á este santo lugar los oradores. Nada mas desean estos que predicaros la verdad, y entonces quedan mas satisfechos de haber cumplido su ministerio cuando conocen haber dejado convencido al auditorio de la verdad de su asunto; yo por el contrario deseo haberme engañado en lo que os he dicho, y quiero que vosotros tengais razon para censurarme de que un zelo imprudente me transportó á formar un retrato muy distante de la realidad: dichoso yo si á vista de un pueblo honesto y humilde en su traje, reverente y silencioso en el templo, modesto en las calles, mortificado en todos sus sentidos llego á condenar mi engaño, y á confesar que no desmienten

(1) Jer. tron. cap. 1. *et cetera*

nuestras obras las palmas que hoy pone la iglesia en nuestras manos. Quiera Dios que así sea, que nuestro exterior edificaste y nuestro corazon penitente nos hagan tener parte en las penas del Salvador, para tenerla en los gozos y triunfos de Jesucristo Rey de la gloria.

SERMON  
DE LA SANGRE  
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Predicado en la catedral  
de Méjico.

*Unus militum lancea latus ejus aperuit, et  
continuo exiit sanguis et aqua. Joann.  
cap. 19. v. 34.*

Hasta aqui pudo llegar la bárbara é inhumana crueldad de un odio sangriento; y hasta este exceso de amor hubo tambien de llegar la ardentísima é infinita caridad del hijo de Dios para con el hombre! No satisfecha la fiereza de los enemigos de Jesucristo con las injurias, con los oprobrios, con los tormentos mas crueles, y con la misma muerte del más inocente entre los hombres; esplicó el último grado de su inhumanidad encruelciéndose contra un cadaver exangüe y destrozado moviendo una mano atrevida á que penetrase con una aguda lanza su dilunto pecho, como si temieran que hubiese quedado en

él algunas reliquias de vida: *Unus militum lancea latus ejus aperuit*. Pero no bastando á apagar el incendio de aquel amante corazón la copiosísima sangre que por mil heridas habia derramado vivo, quiso aun despues de muerto derramar por una herida la mas cruel y la mas horrorosa á costa de un prodigio su sangre preciosísima, *et continuo exiit sanguis et aqua*. Este doloroso misterio, de que hace hoy tierna memoria la iglesia santa, presenta á vuestra humana piedad en el odio de aquella gente iagrata, y en el amor de Jesus objetos los mas dignos de execracion y de agradecimiento. Pero como el espíritu de nuestra madre la iglesia en esta solemnidad no sea solamente recordarnos esta particular efusion de sangre, sino ponernos á la vista en la que derramó tan copiosamente nuestro Salvador en su vida su incomprehensible caridad, y el inestimable precio de nuestra redencion; este debe ser en el dia el objeto de nuestras atenciones, y de mi discurso. El desde luego ofrece dos misteriosas dudas, que acaso muchas veces habrán movido vuestra curiosidad. La primera es aquel empeño con que un Dios hombre que pudo redimirnos con un solo suspiro, escoge á este fin una muerte, y muerte sangrienta, tan pródigo (dejád-

melo decir así) de su sangre; que la derrama en todos tiempos, y por todas las partes de su cuerpo. Apenas nace, y ya comienza á derramarla destrozada su delicadísima carne. Muere, y aun despues de muerto la despide su pecho abierto con una enorme herida. Sangre en la Circuncision, sangre en el Huerto, sangre en todos sus tormentos y sangre copiosísima en la cruz. Derrama sangre su cabeza, la derraman sus pies y manos, sus espaldas y su costado, y no hay poro en su adorable cuerpo que no sea franca puerta para arrojarla. La segunda no menos misteriosa duda se funda en el modo con que se explican siempre las escrituras santas, la iglesia y sus doctores, atribuyendo particularmente á la sangre el precio de nuestra redencion, y reconociendo en ella con especialidad el augusto sacrificio de nuestra salud. A la verdad: si la sacrosanta carne de nuestro Salvador inhumanamente destrozada y atormentada de tantos modos; si todas las otras acciones y obras de Jesucristo fueron materia de un verdadero infinito sacrificio, y precio sobreabundante de nuestro rescate ¿por qué ha de ser la sangre la que goce singularmente este atributo y prerogativa? Os protesto sinceramente, señores, que meditando muchas veces á solas lo

que habia leído sobre este punto en los doctores é intérpretes sagrados, no se presentaba á la cortedad de mi espíritu una sencilla y clara explicacion de estas dos dudas. Mas al fin, recogiendo de las doctrinas de aquellos sabios maestros las que me parecieron mas oportunas para nuestra instruccion, descubro en ellas dos títulos por los cuales resplandece singularmente en la preciosa sangre de nuestro Redentor la materia de un infinito augusto sacrificio. Ofrecióle (¿quién puede dudarlo?) el Salvador á su eterno Padre completo y sobreabundante en todas sus acciones y en todos sus tormentos; pero nada era mas conducente y oportuno para hacer ver la propiedad y grandeza de este sacrificio que la efusion de sangre. El dominio de un Dios Señor supremo y absoluto de nuestra vida, su justicia que clamaba por la satisfaccion de su bondad injuriada con nuestras culpas, pedian un holocausto y una hostia de propiciacion que no solo satisficieran á ambos derechos; sino que hicieran sensible del modo mas perfecto como pagó Jesucristo lo que el hombre debe á Dios por criatura y por pecador: dos obligaciones de parte del hombre, y dos derechos de parte de Dios, que convenia satisficiera nuestro Redentor

con su sangre. Y ved aquí los dos puntos á que reduzco mi discurso.

La sangre de Jesucristo fué la materia mas propia y conducente para un sacrificio de holocausto, en que se reconociera la soberania y dominio de Dios: y esta misma sangre fué la mas oportuna para un sacrificio de propiciacion que diera á conocer los derechos de la justicia divina, y la gravedad del pecado.

La Madre purísima de este Dios Salvador, que le ministró la sangre que habia de servir para tan altos fines, me ilustre para promover este asunto de un modo que conduzca á nuestra edificacion: **AVE MARÍA.**

Aquella religion que sin el ministerio de la humana doctrina inspiró al hombre mas ignorante la muda, pero elocuente voz de la naturaleza: (S. S. S.) aquella luz que sin el trabajo del estudio imprimió altamente en nuestro espíritu la mano poderosa de su hacedor enseñaron á las mas incultas y estúpidas naciones, juntamente con el conocimiento de un Dios, autor supremo de la vida, la obligacion de reconocerle con sacrificios. No ha habido pais por remoto ó bárbaro en que se hayan dejado ver algunas señales de que Dios es conocido, en el cual no se vean tambien

algunos restos aunque groseros de sacrificio, correspondiendo siempre á la interior adoracion de la divinidad ciertas exteriores demostraciones para protestar su dominio. Convencido el hombre por su misma razon á que todas las cosas deben consagrarse á aquel de cuyas manos las recibió; que no hizo y que no discurrió para hacer con sensibles oblaciones y víctimas una manifiesta confesion de que es Dios el soberano autor de su vida? El oro y la plata, las preciosas perlas que ocultan la tierra y el mar en sus entrañas y en su seno; los inciensos y fragantes aromas que destilan los árboles; los frutos y flores de los campos, los brutos y las aves, ó perdiendo en las aras su ser, ó mejorando (separados de los profanos usos) de destino, eran materia de diferentes clases de sacrificios. Pero pareciéndole al mismo tiempo escasa y despreciable víctima para la divinidad cualquiera que fuera inferior al hombre, y que no se pagaba justamente un don sino con el mismo, le ocurrió el bárbaro pensamiento de sacrificar al Señor la humana vida, no de cualquiera modo, sino derramándola con su sangre. No fueron, señores, solos los indios de los imperios de Méjico y del Perú (injustamente notados por plumas estrangeras, y aun por algunas de las nues-

tras de singularmente feroces) los que vinculando la religion á la crueldad, quisieron calificarse de religiosos manifestándose inhumanos. Los Fenicios y Egipcios, los Tiros y Cartaginenses, la culta Grecia y la sabia Roma, los antiguos Españoles y Galos cayeron muchas veces en la misma ferocidad. Casi toda la tierra se veía dominada de esta religiosa barbarie, creyendo ignorátemente los pueblos que no habia protestacion mas justa del soberano dominio de Dios sobre la vida, que aquella que manchaba sus aras é inundaba los pavimentos de sus templos con la humana sangre. El mismo Dios (dice el angelico doctor santo Tomás) que abomina tanto estos sacrificios, y que tan severamente los prohibió á su pueblo, y para apartarle de la idolatría, y saciar, permitaseme decirlo así, aquella religiosa sed de sangre, quiso que se le ofrecieran sangrientos sacrificios de brutos animales, prescribiendo con la mayor exactitud sus ritos y usos de tal suerte que no habia espacion que no se consumara (como dice el apostol) rociando el tabernáculo, los vasos sagrados, y aun las vestiduras del pueblo con sangre: *Tabernaculum et omnia vasa ministerii sanguine aspersit Moyses, et sine sanguinis effusione non fit remissio.*

Mas ¿qué pretendo yo trayéndoos á la memoria aquella detestable supersticion de la idolatría, y las ceremonias ya inútiles de la desechada sinagoga? No otra cosa que sacar de la obscuridad de las sombras la luz de la verdad. Erraban es cierto, y erraban enormemente los hombres imaginando que podian protestar el dominio de Dios sobre la vida, ofreciéndole aquello de que no eran dueños, y pretendiendo satisfacer los justos derechos del Señor con la injusta efusion de la humana sangre. Pero este uniforme consentimiento de tantos pueblos y naciones de ofrecer al Señor víctimas vivientes por medio de un sacrificio sangriento, prueba la íntima persuasion en que está el hombre de que en la sangre se halla la materia mas propia para la entera oblation de la vida. *dice el consabido omnium loq. tan enq. or Punto primero. que se olo. co. ob. y. tanto abor. et. ante. el. aspersio. et. ob.* Dejemos ahora á parte las particulares opiniones de médicos y filósofos que reconocen en este humor el nutrimento de la vida del cuerpo, y el principal origen y vehículo de los espiritus animales; lo cierto es que la sangre es entre las demas partes del cuerpo la que singularmente manifiesta la maravillosa armonia que hay

entre el espíritu y la materia, correspondiendo casi siempre á los vehementes afectos de la alma extraordinarios movimientos en la sangre. Ella es la que en los afectos de pudor y vergüenza ocurre á cubrir las mejillas con un color que las hermosea; ella la que en los ímpetus de la ira esplica su violencia enardeciendo el rostro y los ojos; ella la que en los sobresaltos de un susto acude al corazón como para fortalecerle contra la debilidad: ni vemos otra cosa á cada paso en los libros santos que vivas espresiones con que se denota ser la sangre la más noble porción de la vida del hombre. Si la del inocente Abel es acreedora á la justicia, su sangre es la que clama venganzas contra Cain; si pierden la vida los mártires perseguidos de los tiranos, los ecos de su sangre resuenan bajo el trono del Altísimo pidiendo la satisfacción. En solo el cap. 17. del Levítico se repite tres veces que la alma de toda carne, y de todo viviente está en la sangre, leyéndose espresamente en el testo hebreo que la sangre se reputa por la alma para significar, dice el gran P. S. Agustin, no que la sangre sea verdaderamente la alma con que vivimos; sino que en ella mas que en ninguna otra cosa se esplica y manifiesta nuestra vida.

Ved pues, señores, al hombre reducido á la triste necesidad de no poder presentarle á Dios una digna protestacion y reconocimiento del ser que ha recibido. Las criaturas todas insensibles, y el holocausto de vivientes irracionales eran víctima muy grosera comparada con el don de una vida racional; los sacrificios de sangre humana, sobre su ferocidad, eran injustos como ofrecidos por quien no tiene dominio alguno sobre la vida de los hombres; y que ¿los augustos derechos del señorío de Dios jamas tendrán un culto religioso con que se proteste y venero dignamente su soberanía? Si, señores, Jesucristo va á presentar á su Padre en su sangre adorable el sacrificio voluntario y digno de una vida divina que sea paga sobreabundante de lo que el hombre debe á Dios por título de criatura. Aquel hombre Dios, dueño absoluto de todo, que sin violencia ó injusticia pudo disponer por solo su arbitrio de su vida, le ofreció un holocausto de sangre humana, pero de infinito valor; de sangre verdaderamente nuestra porque la recibió de una criatura de nuestra especie; y nuestra, porque nos la ha cedido en cierto modo, de suerte que ya puede gloriarse el hombre de que con ella satisface á Dios la vida que le debe.

Pero aun llegó á mas la amorosa industria de Jesucristo. Porque no contento con sacrificar por nosotros de una sola vez su vida en su muerte: quiso ofrecerla tantas veces cuántas fueron las que por modos extraordinarios, y á costa de esquisitos tormentos, derramó sangre. Los clavos, las espinas, los azotes, la lanza, y casi todos los instrumentos de la pasión de Jesus concurrieron á la efusion de sangre: la vierte el Salvador copiosamente por todas sus partes, y para manifestar que el menor insensible de nuestros poros es un don de la mano omnipotente por cada uno de los de su adorable cuerpo le consagra á Dios en su sangre el holocausto de su vida. ¡Oh y cuántas dulces reflexas escita esta consideración sobre el amor de un Dios tan amante del hombre que le prohíbe derramar su sangrè en su obsequio, y quiere que se derramè en tanta abundancia la de su Unigénito en recompensa de nuestra vida! Un Dios que justamente podia, como en otro tiempo á Abraham la de Isaac, pedir á todos un holocausto de su sangre recibe para satisfacerse de este derecho la inocente de su hijo? Luego esta sangre que circula en mis venas, que alienta mis miembros, que ministra á todo mi cuerpo la fuerza, el sustento y el vigor es un don

de la preciosa sangre de Jesucristo: luego á ella le debo en cada momento que respiro la vida con que vivo: dad allá vosotros, señores, todo el peso que se merecen á estas tiernas consideraciones que el tiempo no me permite mas que apuntar ligeramente, é inferir de ellas la causa del misterioso empeño con que Dios se dignò derramar su sangre en tanta copia, mientras os hago ver como en la efusion de la sangre de Jesus, mas que en todas sus otras acciones, resplandecè, no solo un holocausto por nuestra vida, mas tambien la materia de la hostia de propiciacion por nuestras culpas: y para hacerlo con la posible brevedad no nos detengamos en lo que ya sabeis.

**Segundo punto.** Que la hostia de propiciacion que Jesucristo ofreció por nuestras culpas fue una satisfaccion igual, y aun sobradamente por ellas; que por su medio pagó el hombre á Dios lo que debia como pecador quedando ileso y satisfechos los derechos de la divina justicia ofendida; por último que nuestro Redentor restableció aquel orden que habia trastornado el pecado: son todas verdades fundamentales de nuestra reli-



gion. Pero para hacerlos ver en que consiste singularmente el misterio de la eficacia de su adorable sangre, era necesario dar una idea cabal del monstruoso desorden é infinita malicia de la culpa. Preferir brutalmente un bien escaso y perecedero á un bien infinito y estable; despreciar á Dios por la criatura, apartarse de la bondad infinitamente amable por seguir una bondad caduca, es á la verdad un desorden que apenas cabe en la imaginacion. Pero aun no esplica esto toda la malicia del pecado. Pasmaos cielos (dejadme que esclame de este modo) ¡el hombre abandona la fuente pura de aguas vivas para abrirse una cisterna inmunda vacía de todas aguas! ¡el pecador olvida, desprecia, atropella los derechos, los fueros de Dios, á Dios mismo; no ya por la criatura, sino por nada! Sí, por nada: y no creais que ésta sea una espresion figurada, ó hiperbólica; el deleite, la comodidad y el honor son esos grandes bienes á que anhela, y que solicita nuestro delincuente corazon: y ¿son los que consigue, no digó en comparacion de Dios, sino aun considerados en si mismos otra cosa que nada? Corre el hombre por el camino de los placeres: y ¿qué encuentra? amarguras, pesares, desazones, hastio; y nada de deleite. Busca

y procura la comodidad en las riquezas; y solo halla afanes para adquirir, fatigas en conservar, sustos de perder ¿de comodidad? Nada. Sube anhelando por la áspera senda de la ambicion, por llegar á la cumbre del honor: y ¿qué alcanza? envidias y emulaciones, lisonjas que encubren el desprecio, y adulacion que oculta el aborrecimiento: y ¿de estimacion verdadera? Nada. ¡Ah y cuán cierto es que nuestro pobre corazon busca en sus afectos criminales un bien vano; y no encuentran sino la mentira y la nada: (1) *vere mendacium posiderunt*. Ya, señores, me formo algun concepto por que el unigenito de Dios para ofrecer á su padre el sacrificio de propiciacion por la culpa no solo quiso hacerse hombre tomando nuestra carne; sino que se reduxo en algun verdadero sentido á la nada segun la misteriosa espresion del apóstol (2) *exinanivit semetipsum*. Pero este anonadamiento de un Dios, digne recompensa del mismo Dios, tenido por nada en la estimacion del pecador, es el que á mi juicio se manifiesta mas que en los otros tormentos y obras de Jesucristo en el precioso derramamiento de su sangre. Atendedme.

(1) Jerem. cap. 16. (2) Philip. secunda.

Todos los tormentos, injurias y desprecios del Salvador, cruellísimos é injustos nacieron del odio y de la envidia con que sus enemigos ó le reputaban ó intentaban que pareciera un hombre malvado, perverso é inícuo. La deshonra, la calumnia, los golpes y los oprobrios, la cruz y la misma muerte se dirigian á atormentar y despreciar á un hombre de tal modo que en la estimacion de aquella gente pérfida Jesucristo en su pasion fué degradado de su divinidad, de su santidad, de su sabiduria; pero no del concepto de hombre. Yo (asi se quejaba el mismo Salvador) entre las mayores calumnias me he portado como un hombre convencido, y que no puede repelerlas: (1) *sicut homo non habens in ore suo redargutiones*: en medio de mis tormentos soy como un hombre que no halla amparo ni auxilio alguno: (2) *factus sicut homo sine adjutorio*. Entre tanto si le injurian sus enemigos; no faltan agra- decididos que interiormente le disculpen: si unos le atormentan; halla en otros al menos aquella compasion que se tiene con los malhechores: y aun despues de su afrentosa muerte se le hacen á su cues-

(1) Psalm. 37. (2) Psalm. 37. (1)

po aquellos oficios compasivos y humanos con que se trata el cadaver de un hombre. Pero ¿quereis ver, señores, á vuestro Dios despreciado como la nada? ¿Anonadado como si no fuera hombre en el olvido, y borrado aun de la memoria de los hombres? Pasad en espíritu á las calles de la infelice Jerusalem, y registrad uno por uno los lugares en que se ha derramado su inestimable sangre: ¿qué veis en ellas? polvo, ó (por mejor decir) lodo que se ha formado de la mezcla de esta sangre y del polvo de la tierra: manchas que ha dejado en otras partes: rios de sangre caliente aun en que nadan los pies inmundos de carniceros verdugos: grumos de la sangre cuajada que se arroja por los sucios rincones de un atrio, y se confunde con el cieno de las calles públicas: unos la pisan; otros la apartan con los pies por no mancharse; muchos no se atreven á mirarla llenos de fastidioso horror; la innumerable tropa de gente que corre la ciudad, la pisa y tropieza en ella á cada paso sin saberlo; y hasta los animales mas viles (me horrorizo al pronunciarlo) hollándola con la boca y los pies buscan en ella pasto á su voracidad. Este mas que aborrecimiento es el último desprecio: mas que desprecio, es profundo olvido: es, direlo

en una palabra, ser ya nada en la estimación de los hombres la sangre de Jesús. ¡Fé divina! ¿de qué me sirven tus santas luces? ¡Piedad humana! si acaso ha quedado algun resto tuyo en mi corazon ¿cómo no me arrebatas hasta aquellas calles? y ¿cómo yo absorto, pasmado, y fuera de mí por la grandeza del dolor, no me postro en el suelo, é imprimiendo en aquella tierra reverentes ósculos procuro con mis indignos labios y lengua separar del polvo esta sangre preciosa unida estrechamente á la divinidad?

¿Mas de qué aprovechan estos fantásticos transportes de un tierno dolor? El ódio del pecado es el término á donde debe dirigirse la consideracion del lastimoso incomparable abatimiento de Jesucristo en su sangre derramada. Si habeis, señores, alguna vez reflexado lo que sucede con aquellos pequeños vilísimos insectos que se arrastran sobre la tierra, podreis de hay colegir cuánta fué la anonadacion de esta sangre divina en el concepto de los hombres. Arrástrase bajo de nuestros pies un miserable gusanillo, y sin que nos merezca ni el ligero afecto de un positivo desprecio, ni una sola mirada, le pisamos aun sin reflexar lo que pisamos. ¿Y no es esto puntualmente lo

que experimentó nuestro Salvador en su sangre, y de lo que tan amargamente se quejaba por un profeta? ¡Yo no soy hombre, sino un gusano, oprobio de los hombres, pisado por la gente mas despreciable (1)! *vermis sum et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis.* Pasa el pueblo sobre la purísima sangre de Jesús corriendo confusamente por las calles de Jerusalem sin advertirlo: hóllanla los hombres con sus inmundos pies, y, para que llegue al último grado su desprecio, ni atienden, ni aun miran lo que pisan. Ahora si podremos decir que hemos llegado á conocer la infinita malicia del pecado, y porque se atribuye con singularidad á la sangre de Jesucristo el ser un sacrificio por nuestras culpas, y el precio de nuestra libertad. Que los ángeles rebeldes sean arrojados á una eterna cárcel; que el hombre y toda su posteridad, perdidos sus primeros derechos, hayan caido en un abismo de miserias; que la tierra por la primera culpa sea un teatro de desdichas y calamidades; que el mismo Dios sople con su aliento divino aquel voraz fuego en que se abrasan eternamente los condenados; que ellos giman rabiosamen-

(1) Psalm. 21.

Tom. I.

te, y el Señor se ría de sus penas: todo esto es poco en comparacion de un Dios que en la estimacion del pecador es tenido y reputado en nada. Un Dios hecho hombre que nace en un portal; un Dios preso, azotado, coronado de espinas, crucificado y muerto: esta es la regla con que debemos medir la desmedida malicia del pecador; pero su sangre preciosa derramada, unida estrecha y perfectamente á la divinidad, me da aun mayor idea del pecado y humildad á que se reduxo el hombre Dios para salvarme. ¿Dios arrojado y pisado por los pies del hombre? ¿Dios confundido entre el polvo y el cieno? ¿Dios tratado no solo como hombre malhechor ó inicuo, sino olvidado y desechado como un poco de lodo? ¡miserables de nosotros que teniendo oídos para oír esto, y lengua para hablarlo, no tenemos corazón y ojos para sentirlo y llorarlo dignamente! Pero ¿no os parece, señores, que yo he tenido razon para decir que en la amable sangre de Jesucristo resplandece con mas excelencia la materia de un sacrificio infinito de propiciacion, y que derramándola se anonadó Dios por recompensar aquel anonadamiento que sufre en la estimacion del pecador? ¿y al contemplar esto qué nombre ó qué expresion hallaremos

que pueda explicar la monstruosa fealdad de la culpa? ¿la llamaremos ingratitud? ¿ceguedad? ¿locura? ¿brutalidad? Mas ¡ay! que todos estos nombres no llenan la malicia de quien desprecia y abandona á Dios por nada á vista de un Dios que quiere ser tenido en nada por redimirle.

Jóvenes licenciosos, gloriaos en hora buena de vuestras lascivas costumbres: mugeres profanas y escandalosas, haced gala de ganaros los corazones con vuestra desenvoltura y torpe donaire; avarientos, gozaos de que atesorais riquezas á costa de vuestra miseria y de la agena: alegraos, ambiciosos, de que habeis triunfado del competidor con la calumnia: vuestro triunfo es esa sangre preciosa, adorable, divina, arrojada, vilipendiada y hollada: pisadla de nuevo en hora buena, hartaos con sus oprobrios, saciad á costa de la sangre de Dios esa sed de deleytes, de comodidades y de honores. Pero ¡qué digo yo, sangre amabilisima de mi Dios! otra sed nos abrasa, y es la de saciarnos en tí recibiéndonos en ese augusto Sacramento. Dios había prohibido á su pueblo beber la sangre de las víctimas para apartarle de la idolatría, é inspirarle afectos de humanidad; mas para dar la última perfec-

ción al sangriento sacrificio de su Hijo, nos dejó en ese sacramento su sangre para que alimentados con ella participáramos de un modo mas excelente del mismo sacrificio. ¡Oh! y como, no ya rociados esteriormente con la sangre de groseras víctimas, sino nutridos con la mas pura del inmaculado Cordero, podemos presentarnos en el divino acatamiento, sin temer las iras del ángel exterminador, libres de la cólera de un Dios irritado, y seguros de que, justificados por su sangre, tenemos un derecho incontestable á la eterna gloria.

## SERMON DEL SEÑOR

DE LA HUMILDAD Y PACIENCIA.

Predicado en el convento de religiosas de Regina Cœli de México, en la fiesta con que el dia de la Invenzion de la Santa Cruz se celebra allí bajo el título de *ECCE HOMO*.

*Ita exaltari oportet Filium hominis... ECCE HOMO.* Joann cap. 3. v. 14. et cap. 19. v. 5.

¡Qué juntas estan siempre, y cuán maravillosamente enlazadas en los misterios del Salvador del mundo la gloria y la ignominia, la humillacion y la grandeza, el abatimiento y la exaltacion! Unidas estas inseparablemente, segun correspondia á la soberana obra de nuestra Redencion, no podemos escitar en nuestros corazones la dulce memoria de la gloriosa grandeza de Jesucristo, sin que al mismo tiempo se nos recuerde el exceso de humillacion y abatimiento á que se vió reducido, y como anonadado este hombre Dios. Sí,